

Cuatro educadores bolivarianos

ANTONIO JOSE RIVADENEIRA*

Hace 110 años en el Salón de Grados, hoy Museo de Arte Colonial, el Presidente de los Estados Unidos de Colombia, doctor Santiago Pérez participó en el acto de distribución de premios universitarios y en castiza oración, que suele citarse entre las páginas de oro de la elocuencia colombiana, habló así a los estudiantes de la Universidad Nacional, fundada en 1867 durante la administración del General Santos Acosta:

“Debéis el justo aplauso a vuestros directores y maestros que mantienen entre vosotros el orden no como esclavitud sino como armonía; que os preconizan la ciencia no como poder, sino como verdad; y que os enseñan a amar la libertad, no como belleza, sino como justicia”.

He aquí severamente enaltecida, cualificada y cuantificada la sublime labor del maestro, ese abnegado servidor de la juventud y de la patria, de quien él mismo Pérez, en el Manual del Ciudadano, dijo que en el régimen moral de la sociedad es el primer funcionario público.

Nada extraño, pues que en esta noche la **Federación Internacional de Sociedades Bolivarianas** se haya acogido a la sombra venerada de este ilustre claustro y al generoso patrocinio de sus directivos, para rendir homenaje a cuatro eminentes colombianos que han sobresa-

* Abogado, profesor de teoría de la cultura en América Latina y cátedra bolivariana en la Universidad Central, presidente de la Federación Mundial de Academias Bolivarianas, actual presidente de SOLAR.

lido entre sus compatriotas por sus virtudes cívicas, su admiración al Libertador y el ejercicio de una vida ejemplar, ennoblecida con el desempeño austero de la cátedra.

Maestros por vocación y convicción en aulas universitarias, en academias y en colegios dejaron su impronta intelectual y una lección perenne de civismo, refrendada con un comportamiento recto modelador de la propia vida.

Difícil en verdad resulta ponderar el mérito de su intensa labor docente. Sólo cuando las naciones entran en crisis y la conciencia colectiva detecta síntomas de descomposición social, es cuando se aprecia el valor de la educación. No en vano, el Libertador advertía: "La nación será sabia, virtuosa, guerrera si los principios de su educación son sabios, virtuosos y militares: ella será imbécil, supersticiosa, afeminada y fanática si se la cría en la escuela de estos errores. En efecto: Las naciones marchan hacia el término de su grandeza, con el mismo paso con que camina la educación".

Releyendo en estos días mi biografía de don Santiago Pérez, tropecé con el discurso que en su honor pronunciara en 1888 en Nueva York el insigne José Martí, el cual concluye con esta severa exaltación del maestro:

"Este es nuestro huésped y nos honramos honrándolo. Sea bienvenido el anciano que no se ha cansado de fundar; el hombre de letras que no se ha llenado de imitaciones; el americano que quiera a América americana, no madrileña o rubia; el Presidente que cuando bajó de la silla del poder miró a su alma y no encontró otra silla digna de él que la silla humilde y santa del maestro".

Y en esta noche se trata precisamente de honrar, en nombre de Bolívar, a estos obreros de la inteligencia que no periclitaron en la brega; a estos ciudadanos integérrimos que en su transitorio paso por la magistratura o las dignidades del Estado dejaron la impronta de su laboriosidad y carácter; a estos varones esclarecidos que soñaron siempre con la república ordenada, respetable y justa que en los campos de batalla forjaron los libertadores; a estos hombres de bien que en la cátedra y las letras han procurado modelar mentes despiertas y abiertas a las corrientes del pensamiento, llamadas a regir nuestros destinos y a convertirse en celosos defensores de las libertades públicas, de las costumbres democráticas y de los principios éticos.

Por cuanto el Señor Rector, doctor Jorge Enrique Molina, en admirable síntesis trazó la semblanza moral e intelectual de estos ilustres patricios, considero que debo limitarme a explicar a tan selecta audiencia el sentido y el alcance de este homenaje.

La Junta Directiva de la Federación Internacional de Sociedades Bolivarianas, cuya sede está en Caracas y cuya presidencia ostento, congrega a las entidades que en América, Europa y Africa están dedicadas a honrar la memoria del Libertador y a divulgar su doctrina de libertad y confraternidad, determinó otorgar el Diploma de **Bolivariano Emérito** a las personas o entidades que muestren probada devoción al ideal bolivariano, sirvan la causa de la hermandad americana, o se erijan en arquetipos cívicos por obra de su conducta recta.

Procede por tanto, y no será difícil demostrar que los agraciados satisfacen con creces las condiciones exigidas y merecen que se les depare tan señalado honor.

En su mensaje del 25 de mayo de 1826 al Congreso Constituyente de Bolivia el Libertador estampó este pensamiento magistral: "**Saber y Honradez**, no dinero, es lo que requiere el ejercicio del Poder Público".

Pues bien, en el ambiente de concupiscencia y deshonestidad que nos conturba, nada tan enaltecedor y edificante como honrar en estos preclaros ciudadanos esos dos atributos fundamentales, que por cierto son hoy valores ausentes en la atmósfera que nos consume.

Todos ellos han pasado por el servicio público: el Gabinete Ejecutivo, la Secretaría General de la Presidencia, la Corte Suprema de Justicia, el Consejo de Estado, el Ministerio Público y en todas esas posiciones con la huella de su talento dejaron el sello de una diamantina probidad. **Saber y Honradez** fueron los únicos laureles que ciñeron sus altivas sienes.

En el orden bolivariano son múltiples e insignes los servicios de estos andantes caballeros del ideal. En efecto, Gonzalo Vargas Rubiano fue el afortunado ponente de la luminosa sentencia con que la Corte Suprema de Justicia sentó patriótica jurisprudencia al resolver la insólita demanda de inexequibilidad propuesta contra la ley 31 de 1979, bajo el pretexto de que la citada norma violaba

el texto de la Carta Fundamental en cuanto se decretaban honores a un "extranjero" llamado Simón Bolívar.

La Corte al declarar que Bolívar era colombiano, acogió integralmente la tesis de Vargas Rubiano sobre el título de legitimidad de tan honrosa ciudadanía y refrendó el concepto de que Bolívar no fue un apátrida, sino el más eminente de los eupátridas.

A esa pieza magistral pertenecen los siguientes apartes:

"Para la Corte Suprema de Justicia, categórica afirmación que hace desde el inicio de este fallo, Simón Bolívar no solamente fue ciudadano colombiano sino el creador de Colombia. No fue un apátrida, persona carente de nacionalidad, sino un eupátrida genitor y engendrador de naciones. Su derecho de ciudadanía está escrito en el agradecido corazón de 25 millones de colombianos.

Hay evidencia en el orden jurídico, político y social de tal magnitud como los existentes en el mundo de la naturaleza: el esplendor del sol, la majestad del mar, la imponentia de las cordilleras. Tratar de negar la colombianidad de Bolívar equivaldría a afirmar que Napoleón no fue francés sino corso.

Es, pues, de una deslumbradora evidencia ante los imperativos de la Historia de la moral universal y de los mismos ordenamientos jurídico-políticos, que el Libertador Simón Bolívar fue, murió siéndolo, ciudadano colombiano y el más eminente de todos".

Gustavo Humberto Rodríguez como Secretario General de la Presidencia dio un concurso entusiasta para que las conmemoraciones sesquicentenarias se cumplieran con la austeridad y el decoro debidas a la memoria del Padre de la Patria. Su intervención fue decisiva para que se publicara oportunamente y en pulcra edición el libro **Colombia al Libertador**, cuya factura me confió la Administración Turbay Ayala; y fue de los organizadores del **Congreso Bolivariano de Derecho Administrativo**, celebrado en Cartagena en julio de 1983 en homenaje a Bolívar como creador del Consejo de Estado en 1817 y ante el cual leyó un profundo ensayo titulado

"Bolívar y el Derecho Público", en el cual virtualmente agota tan polémico e intrincado tema.

Manuel Agudelo a fuerza de militar de carrera, exhibe una brillante trayectoria en el servicio público. Protagonista decisivo en los dramáticos episodios políticos del 13 de junio de 1953, fue aquel día por algunas horas Presidente efectivo de la República y precipitó el ascenso del General Rojas Pinilla al poder. Se desempeñó primero como Ministro de Comunicaciones, y como tal introdujo la televisión a Colombia; dirigió la Universidad Nacional en una de sus etapas más críticas y luego fue embajador de Colombia en Austria y la India.

Fervoroso admirador de Bolívar, ha hecho en mi opinión la más exacta y lógica descripción de la batalla del Pantano de Vargas desde el punto de vista militar y últimamente se ha dedicado a formar promociones de juventudes bolivarianas con talento, persistencia y vocación admirables.

Pío Alberto Ferro Peña, mi profesor de ciencias naturales en el Colegio Nacional de Chiquinquirá, nacido hace cien años en la ciudad de los Milagros, llegó a compenetrarse en tal forma con su ciudad natal que en reciente homenaje me atreví a decir que sin su quijotesca y patriarcal figura Chiquinquirá, tierra de soñadores y poetas, hubiera quedado incompleta.

Ese mi preclaro maestro, sabio y bueno, señor entre señores, quijote entre quijotes, docto sin ser doctor, desprendido hasta el delirio, modesto sin afectación, amante de su tierra y de sus gentes y pobre por honesto, hoy habitante de las celestes alturas, escribió en 1930 una página antológica que tituló **Oración Luz por el Libertador** y que yo recogí en la publicación **Colombia al Libertador**.

Muerto en 1972, el Gobierno Nacional le otorgó en homenaje póstumo la Cruz de Boyacá y pienso que la mejor manera de honrar su memoria es hacerlo hablar aquí esta noche con la lectura de su breve y formidable oración luz, que a la letra dice:

La oración Luz por el Libertador

Un silencio de sepulcro, medroso como fulgor de osario, sua-

ve como velo de sombra amiga, profundo como noche cuajada de luceros, pasa sobre la tierra.

Calló la pampa melancólica; calló la llanura luminosa; calló la montaña de amplia curva aterciopelada. Callaron la cumbre florecida de nieve y el agrio páramo y el camino perfumado de musgos y el sendero cantarino del agua. Callar debió la cascada en el vertiginoso abismo y la voz de la ola sobre el lomo del mar infatigable.

El Perú fabuloso, Venezuela la heroica, Colombia legendaria, Bolívar heráldico, el Ecuador ebrio de luz, de rodillas están ante la tumba inmensa.

Libertador: no has muerto! Como sol que abraza el espacio en sus eternas claridades, irás hasta los confines apartados del tiempo, libre del poderío de la muerte. Cual breves relámpagos, los siglos futuros animarán tu perfil de semidiós y tu nombre lo escuchará la humanidad como eco de gloria, cuando agonice bajo la última tiniebla.

Aún estás de pie sobre la mole inmensa del Chimborazo; aún te vela la fantasía con su mimbo deslumbrante y funerario, en coloquio mudo con el fantasma de implacable serenidad que lleva al hombre la guadaña niveladora de los hombres y de las cosas.

Venciste, ¡oh Bolívar! El fanal del dios de los muertos te alumbraba con un dulce destello de eternidad. Entre la seda azul del cielo, sin dimensión ni límites, entre las irisaciones de la leyenda, firme estás ante los portales de lo eterno, como árbitro y dominador del porvenir.

Sol de siglos! ¡Cuán bello es tu crepúsculo! Mártir, sublime desengañado! ¡quién tuviera nardo bíblico, esencia luminosa para verter sobre tu cráneo, frágil vaso donde aleteó el más poderoso hálito de Dios! ¡Quién tuviera flores de leyenda! ¡Oh melancólico visionario! para suavizar tu senda ¡Quién pudiera, con óleo divino, ungir las divinas llagas de tu espíritu! Quien pudiera animar por un instante tu esbelto fantasma y enseñar, a los ingratos, a los envilecidos y a los traidores tu sombra inmensa y dolorosa. . .

En las tumbas hay graves enseñanzas; es la voz de la muerte para su hermana la vida; es la voz de lo eterno ante lo deleznable y lo fugaz. En el Panteón de Caracas quedaron las cenizas del incendio, el rastro del universal fermento de la vida, el polvo yerto que flota entre el ser y la nada. Mas Bolívar no es eso: es el alma que llega a cumplir una misión providencial; es el genio que cruza sobre caballo alado, siguiendo la columna de fuego que en otros tiempos orientó los pueblos hacia la cuna de la redención; es el mago de la libertad a quien guía la estrella mensajera de los abismos.

Bendigamos la divina mano que formó de la nada el gallardo mancebo, en cuyas pupilas nunca se borró la negra claridad del misterio. Bolívar, el de los ojos profundos con altivez de selva, ante los cuales temblaron los leones ibéricos; en donde bogaron, como en lago tranquilo, entre divinas claridades, el alma enamorada de Fanny de Villars, la ilusión lánguida y triste de Carmencita Garaycoa; agua viva donde calmó su sed de placer insaciado, el labio rojo, ingenuamente perverso, de la adorable Manuela Sáenz;

Bendigamos la Justicia Eterna que armó formidable el brazo del potente guerrero, vengador, de los hijos del Sol; que cuando ya el suelo americano dejó escapar su cálido vaho de libertad, se alzó inmenso sobre el mar y sobre la tierra, para reconciliarnos con España gloriosa, nuestra madre inmortal, hija de Grecia imperecedera y eterna.

Bendigamos la inteligencia Primera que puso en la palabra inflamada del héroe, en la arenga inimitable, la chispa milagrosa; Bolívar que al morir, ante la belleza de lo fatal, en la paz eterna, como polen que estalla al incendio solar, como gramo de mirra que se consume en el incensario, elevó la palabra de amor y de supremo perdón: **Mis Ultimos Votos son por la Felicidad de la Patria.**

Bendigamos el látigo providencial que cae sobre la iniquidad. Bendigamos el fuego que enciende la antorcha purificadora de la guerra. A la manera que las cumbres altivas reciben los efluvios de la aurora húmeda y rutilante, en las altas inteligencias brilla el fulgor de la primera rebeldía. La voz divina se escucha solamente en las cimas inmaculadas, y luego rueda a los valles, como pétalos rojos entre el himno de las batallas. Y

cuando la luz languidece, flaquea, cuando en extinguido poniente triunfa la sombra amenazadora, aun los picos nevados brillan y difunden la claridad del cielo; es que allí queda el fuego sagrado que se esparcirá sobre el mundo cuando llegue la letal contaminación de la sombra.

Bendigamos al que hizo las cimas y el genio, el Sol y el pensador, la catarata y el héroe, la guerra y el rayo que fecunda, el corazón de la mujer y la brisa marina que canta.

Libertador, gigante de los siglos, Instrumento de Dios! Como el alba llena de gracias cópiase en el agua dormida de nuestros pantanos; como las corolas efímeras de nuestras florecitas campesinas vibran al soplo estelar del abismo, como una gota de rocío refleja el infinito en la claridad matinal, como una lágrima condensa el dolor aleve e inmisericorde, repita mi alma por tí, por su sombra augusta y dolorida, porque araste en el mar, por tu desengaño de los hombres, por la hiel de tus últimas horas y por tu callado morir, la oración luz.

Padre nuestro que estás en los cielos. . .

PIO ALBERTO FERRO PEÑA

Señor doctor Jorge Enrique Molina: Mil gracias a usted por su hospitalidad generosa, producto selecto de su acendrado espíritu bolivariano.

En nombre de los bolivarianos del mundo le ruego aceptar el testimonio de nuestro reconocimiento por haber permitido realizar en este claustro este acto en honor de cuatro exponentes de las virtudes ancestrales de nuestra altiva raza boyacense, cuya jerarquía espiritual los coloca entre los grandes de Colombia. Persevere usted en esta patriótica tarea de enaltecer los auténticos valores de la nacionalidad. Que el Libertador lo recompense por cuanto usted ha sido intérprete feliz de uno de sus más sugestivos pensamientos, cual es aquel que prescribe que **La Amistad es Preferible a la Gloria.**